

QUERIDOS REYES MAGOS

Queridos reyes magos:

Este año he sido muy bueno: he ayudado a mis padres, no he dicho mentiras, he hecho todos los días los deberes... Lo único malo que he hecho, que vosotros ya sabéis porque sois mágicos, fue pegar a Carlota, pero lo hice porque ella se había metido con mi familia. Ella dijo que no teníamos dinero y que el banco nos iba a quitar nuestra casa. Yo estaba muy furioso por su comentario y la empujé. Ella se cayó y se hizo un rasguño en la rodilla, nada grave. Sin embargo, su padre, que es un hombre de negocios muy rico, quiso denunciarme por ello. La herida no era para tanto, simplemente lo hacía para fastidiarme aún más y para que papá y mamá tuviesen más problemas. Su familia estaba muy molesta por mi comportamiento y querían una disculpa. Yo me negué porque pensaba que no se la merecía. Ella no le había dicho a sus padres lo que ella va diciendo por ahí de mí: que no tengo dinero para comprarme ropa, que mi familia y yo vivimos en la calle, que huelo mal... Yo no digo que estás cosas sean mentira, simplemente pienso que no se debe hablar de los problemas de los demás porque se puede hacer daños, muchísimo daño, como el que me ha hecho a mí.

La situación en casa no era ni es la mejor. Hace tres años, más o menos, despidieron a papá y mamá de la fábrica en la que trabajaban, pues iba a cerrar. En aquel momento, nuestros problemas comenzaron. Nos dijeron que nos teníamos que apretar el cinturón y que no podíamos derrochar porque si lo hacíamos, se nos acabaría el dinero. Hicimos todo lo que pudimos por gastar lo menos posible y por ahorrar, pero no fue suficiente. La hipoteca, que no sé lo que es, de nuestro piso era muy grande y mis padres no podían pagarla todos los meses. Todas las semanas llegaban cartas del banco que a papá y a mamá les disgustaban mucho. Yo no sabía lo que ponía en ellas pero estaba seguro que algo malo. Mamá llamaba y visitaba a menudo el banco. Siempre llevaba consigo muchos papeles y facturas. Me hubiese gustado ayudar pero no sabía qué hacer.

Un día, llamaron al teléfono de casa. No había nadie así que lo descolgué. Era un señor con una voz que daba miedo. Preguntaba por mamá y yo le dije que no estaba en casa. Inmediatamente, colgó y finalizó la llamada. Cuando mamá y mi hermana regresaron, se lo conté. Mamá se puso muy nerviosa y me dijo que no contestase nunca más al teléfono. Aquel mismo día, una amiga me había invitado a su cumple. Yo le pregunté a

mamá si podía ir. Ella, muy triste y con los ojos llorosos, me dijo que no teníamos dinero para comprar un regalo a mi amiga. Yo no entendía muy bien por qué pero acepté su respuesta. Al día siguiente, mi amiga me preguntó por qué no había ido a su cumpleaños y yo le contesté que no me había encontrado bien. Su madre y unas cuantas mujeres más que estaban cerca empezaron a cuchichear, pero yo las podía oír. Decían que estábamos en la ruina y que pronto nos iban a desahuciar. No sabía qué significaba esa palabra, pero ahora, por desgracia, sí que lo sé. Al llegar a casa le conté a mamá lo ocurrido. Con más pena aún que el día anterior, me explicó el significado de desahucio y me afirmó que en poco tiempo tendríamos que abandonar nuestra casa. Me quedé muy impresionado. ¿Dónde viviríamos? Papá no tiene ningún familiar con el que podamos vivir y con la familia de mamá no nos llevamos muy bien porque los abuelos nunca han querido a nuestro padre. No entiendo por qué ya que es trabajador y tiene buen corazón.

El tiempo fue pasando y la comida del frigorífico empezó a escasear. Cada día había menos y menos botellas, platos, bandejas... Papá ya no nos compraba ni siquiera chocolate ni chuches. Ante aquella situación, mamá decidió que lo mejor era pedir ayuda a un banco de alimentos que había en el barrio. El primer día que fuimos a recoger alimentos, todos los que nos vieron nos miraban sorprendidos e incluso por encima del hombro y con desprecio. Nuestros vecinos de toda la vida murmuraban cuando pasábamos a su lado y no nos devolvían el saludo. Me hubiese gustado saber qué les habíamos hecho o dicho. Cuando volvimos a casa con todos los alimentos que nos habían dado, pregunté por qué la gente se comportaba así con nosotros. Mis padres dijeron que no le diese importancia al asunto y que más vale pasar vergüenza que tener el estómago vacío. Como siempre, no entendía las expresiones que usan los mayores. ¿Por qué hablan tan raro?

Un día, sonó el timbre de casa. Mi hermana sin preguntar quién era abrió la puerta. Mi padre intentó detenerla pero cuando llegó hasta ella era demasiado tarde. En la puerta de nuestra casa había muchísima gente: dos o tres señores vestidos de traje, un señor con una caja de herramientas, muchos agentes de policía y muchísimos curiosos que miraban perplejos la escena. Mamá rompió a llorar y suplicó que le diesen más tiempo. Sus palabras no sirvieron de nada. Los policías se adentraron en nuestra casa y nos obligaron a salir. Yo no sabía lo que ocurría. Papá y mamá sacaban muebles y cajas que contenían nuestros objetos personales, que mamá había ido llenando. Poco a poco nuestra casa se quedó vacía. Yo no entendía por qué nos quitaban nuestra casa. En esa

casa había vivido desde que nací y no quería irme de ella. Era nuestra casa y de nadie más. Todo fue muy rápido. Mientras mis padres sacaban sus cosas, la gente hablaba. Algunos se compadecían de nosotros, otros decían que la justicia siempre favorece al privilegiado y perjudica al trabajador. En medio del ruido, escuché una palabra que me iluminó la mente: desahucio. Un anciano había dicho que era muy triste que desahuciaran a unos vecinos. En aquel momento entendí lo que estaba ocurriendo y el porqué de las llamadas y las visitas de mamá al banco. Una señora que lloraba se acercó a mí y me regaló su bufanda. Por fin acabó todo. El señor de la caja de herramientas había cambiado la cerradura y ya no podíamos pasar a nuestra casa. Poco a poco la gente se fue yendo y algunos se acercaban a desearnos suerte, a ofrecernos ayuda, a hablar con nosotros... Fue un día muy duro que me gustaría olvidar.

Cuando ya estábamos solos, en la puerta de nuestra antigua casa, rodeados de muebles, pregunté a mamá dónde íbamos a vivir. Ella estaba hecha polvo, al igual que papá. Nunca los he visto tan destrozados. Mamá no supo responderme.

Aquella noche dormimos en una casa de acogida. Habíamos dejado todos nuestros muebles en la calle ya que mis padres dijeron que solamente estaríamos allí mientras que ellos buscaban algún lugar para vivir. Estuvimos viviendo allí bastante tiempo hasta que también nos echaron. Durante ese tiempo, papá y mamá habían encontrado un lugar para vivir, que es donde vivimos ahora.

Nuestra casa es una buhardilla de un edificio abandonado. Muchas familias en la misma situación que nosotros viven aquí. Sigo yendo al colegio, aunque ya casi nadie quiere juntarse conmigo. Dicen que huelo mal y que no tengo dinero. Si ellos estuviesen en mis lugar lo comprenderían. Sin embargo, estoy feliz porque he conocido a mucha gente. Nuestros nuevos vecinos son muy majos y todos nos respetamos. Por ahora, no he pasado ningún día hambre. Todos los niños comemos en un comedor social y, a veces, guardo comida para papá y mamá. Ellos no tienen tantas facilidades como los niños y quiero que tengan el estómago lleno.

Dicho todo esto, lo único que pido es que no se discrimine a la gente que está pasando por una mala época y que nos ayuden. He comprendido que no se necesitan muchos regalos para ser feliz. Basta con tener a tu alrededor a gente que te quiera.

Firmado:

Fernando